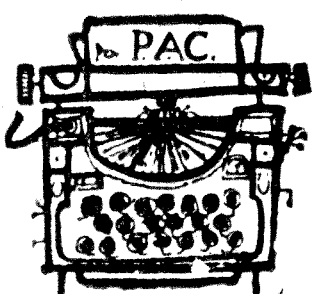


Los
Barrios
Del Caos



Recorrer todos los barrios de Managua es un largo viaje por mal camino. Hay calles por donde no pasa un jeep. Hay pueblos esparcidos en llanos polvosos, como el Barrio San Judas. Pueblos en colinas, de un panorama estupendo, como la 3ª y 4ª etapa del Reparto Schick. Pueblos casi parecidos a los palenques de una misteriosa tribu lacustre, como el Barrio de Pescadores y sus alrededores. Pueblos que parecen tan desconectados y ajenos a Managua, tan absolutamente dejados al margen como Waspán, que si uno despertara sin saberlo entre los matorrales que lo circundan en vez de calles, creería que fue transportado a un miserable y lejano caserío del interior.

He visto crecer estos barrios, año con año. He conocido un poco la vida de sus vecindarios. He tratado con algunos de sus marginados moradores. Lo que voy a decir no se tome como un ataque político. Todo deseo menos eso. Mi anhelo es despertar un poco nuestra dormida conciencia comunitaria y social. Todos tenemos culpa pero yo no soy juez para juzgar a nadie. Solamente digo, para comenzar, que al recorrer Managua da vergüenza ser nicaragüense. No porque exista un cinturón de miseria —aunque sólo eso debería bastarnos para sentir vergüenza— sino porque TODA LA MANAGUA DE LA POBREZA, barrio tras barrio, es una acusación de descuido, desorden, suciedad y desidia que nos sienta en el banquillo de la historia como una de las generaciones más egoístas y de más bajo nivel moral y cultural.

Dije que recorrer Managua es un viaje largo, por mal camino, a través de pueblos dispersos y descuidados. La única vinculación, el único cordón umbilical que une esos pueblos y villorios con el centro de Managua, es la luz eléctrica, aunque no estoy seguro si todos ellos están iluminados. Servicios higiénicos, no hay. Agua, no hay. Calles, salvo algunas vías pavimentadas para el recorrido de algunas líneas de buses, tampoco hay. Pero es que tampoco hay planificación de calles. La mayor parte de esos barrios crecen y seguirán creciendo en el caos. Policía tampoco hay. Managua en sus barrios da la idea de algo incontrolado e incontrolable. ¿Quién piensa en parques o planifica paseos, bulevares con árboles? ¿Quién piensa en distribuir un poco, en esas barriadas populosas, los servicios esenciales a la comunidad urbana? ¿Por qué todo lo que puede tener belleza, alegría, comodidad, confort, servicio, se organiza hacia los barrios residenciales de los ricos y nada se vuelca hacia los lugares de los pobres? Doy un dato: tengo más de diez años de visitar la apretada población que circunda nuestra costa del lago. Mil veces se ha escrito, se ha repetido, se ha visto, se ha fotografiado cómo pasa el agua de las cloacas de Managua entre las calles y junto a las casas de esa pobre gente. Junto a esas aguas fétidas juegan los niños. En diez años ¿no se hubiera podido corregir esa brutal y vergonzosa situación inhumana que sufren miles de familias marginadas? ¿No se hubieran podido prolongar los tubos de las cloacas hasta las aguas del lago, higienizar ese foco de muerte, hacer desaparecer esa escuela de salvajismo en la cual miles de niños aprenden a revolcarse en el más fétido de los fangos? Lo que sucede en el borde del lago es un índice de nuestro descuido ciudadano y se repite, en otros aspectos, en los demás barrios. Antes el nicaragüense, aunque pobre, era limpio. Ahora le hemos abierto en la capital, escuelas de suciedad. Escuelas de fealdad.

La suciedad es un efecto material del egoísmo. Quien sólo se ama a sí mismo cubre de harapos a su prójimo.

Pero la contestación ya la conozco: "En todas las grandes capitales hay cinturones de miseria". En primer lugar, respondo, nuestro descuido, nuestro desorden, nuestra falta de urbanismo no solo ataca al cinturón de miseria, sino a casi todos los barrios de Managua. En segundo lugar, allí donde se dé el triste fenómeno de Managua, allí existirá la misma causa —y el mal de muchos sólo es consuelo de tontos—: no porque el egoísmo y la insensibilidad social ataquen a otros países dejan de ser un mal grave que hay que erradicar, con tanta más violencia cuanto más extendido se encuentre.

Pero ¿cómo solucionar el problema?

El problema se soluciona creando una conciencia social que haga brotar las soluciones. Supongamos por un momento que las autoridades y el Gobierno, que las instituciones y empresas financieras, que la Iglesia y sus fieles, que las otras iglesias, que la prensa y radio y demás órganos de publicidad etcétera, cobran de pronto conciencia del problema y resuelven unificar sus fuerzas para solucionarlo. ¿No brotarían formas y maneras de todo tipo, facilidades y aportes, ideas, créditos y realidades que transformarían Managua y la convertirían en una ciudad con sentido comunal, solidariamente fraterna y humana?

Lo que hace falta es que la ciudad —es decir el ciudadano como conjunto social— cobre

conciencia. ¿Hay que despertar esa conciencia!

Se ha anunciado que la Iglesia Católica en Managua, virando su barca a los vientos conciliares, lanzará como consigna el 1º de Enero, una gran meta comunal: LA VIVIENDA DE MI HERMANO.

Ese grito humanista puede ser la clarinada que despierte nuestra dormida sensibilidad social comunitaria. ¡Ojalá!...

Yo pienso en una casa que visité el día de Navidad. ¡Casa! Un cuartucho bajo, negro, de tres por cinco metros, sin luz, sin agua, sin letrina; donde vive, cocina, duerme, una familia con seis hijos. Esa flamante "casa" cuesta a sus miserables inquilinos cincuenta córdobas al mes! ¡La vivienda de mi hermano!

¿Cuál hermano?, —dice Caín Managua.

—¿Quién te ha dicho que soy el guarda de mi hermano?

PABLO ANTONIO CUADRA